

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION: CALLE DE VICTORIO, 53. — PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES. — NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Relojeria de M. Vera



Platería, 80

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Limpieza de un reloj Roskopf ó Ancora.	1'50	Ptas.
Cuerda de un reloj id.	1'50	»
Eje de volante id.	3	»
Limpieza de un despertador id.	1	»
Un cristal para Roskopf ó Ancora.	0'75	»

MARIANO VERA, PLATERIA 80.

NOTA.—Todas las composuras de esta casa se entregan con tarjeta de garantía de uno á tres años. Se empavonan relojes como en fábrica.

J. ORTEGA, Dentista

SOCIEDAD, 8

AL DIA

LA SEMANA

La que hoy finaliza ha sido pródiga en acontecimientos.

Hemos tenido procesiones, verbenas, veladas en la Glorieta, crisis, nuevo Gobierno, reyerta sangrienta entre mujeres, muerte repentina de un cabrero, fuga de una agraciada joven del barrio de Santa Eulalia, etc. etc.

La procesión de San Luis Gonzaga, en San Antolín, resultó muy lucida.

La del Corpus, que salió por la mañana, dado el interés que nuestros cabildos se tomaron, superó en magnificencia á las celebradas en años anteriores.

Fue presidida por nuestro amantísimo Prelado, Gobernador civil y militar, Alcalde, concejales y demás autoridades de la ciudad.

El acto religioso resultó solemnisimo en un todo.

Las verbenas de Belmar, que son amenizadas por el sexteto del Sr. Alarcón, y música del amigo Raya, se ven muy animadas, lo mismo que las veladas de la Glorieta, á las que asisten nuestras incomparables paisanas luciendo los mil encantos que les prodigó nuestra Madre Naturaleza.

Surgió la esperada crisis, suculumbiendo el Sr. Villaverde bajo el peso abrumador de una votación desastrosa. Doscientos

treinta y cinco votos, contra cuarenta y cinco que obtuvo el Gobierno!

El Sr. Montero Rios es el encargado hoy de dirigir el timón de la averiadísima nave del Estado.

Dios ilumine al nuevo Gabinete, para que á la desventurada nación española, conduzca por los seguros derroteros de la felicidad, que tanta faltamos hacer.

Como ya saben nuestros lectores, por los detalles que les dimos en nuestro número de ayer, la reyerta sangrienta que tuvo lugar entre varias mujeres en el carril de las Palmeras, del barrio de San Benito, ha sido el tema, después de la crisis, en círculos y cafés.

El origen de la cuestión fueron los celos.

El amor siempre ha sido muy pendenciero, por eso no me extrañan tales sucesos.

En la calle de San José presenciábamos, por casualidad, en la noche del jueves, una escena conmovedora.

Un pobre cabrero sintióse indispuerto repentinamente falleciendo á las pocas horas.

La escena que entre la familia se desarrolló la supondrán nuestros lectores.

Descansen en paz.

Como estamos en pleno verano, una agraciada señorita que vive próximo á Santa Eulalia, no pudiendo resistir la ardorosa temperatura de su corazón enamorado, abandonó la casa paterna acompañada de su galán, en busca de viento fresco.

Que Dios los haga felices, y no se arrepientan nunca de su locura estival.

Las fiestas de San Juan, aunque no tan lucidas como en años anteriores, no por eso han dejado de estar muy concurridas y de derrocharse bastante pólvora.

En la solemne función religiosa que en honor al titular se celebró ayer en su santo Templo, predicó nuestro querido amigo el ilustre lectoral D. Félix Sanchez García, que como siempre estuvo á la altura de su reputación.

Y hasta otro año.

LA DAMA DEL CEMENTERIO

Cinco amigos estaban comiendo alegremente en un restaurant, cuando uno de ellos, José Bardón, que era del orador de la fiesta, dijo:

—Tiempo atrás me ocurrió una singular aventura que voy á referiros.

Una tarde de Septiembre salí de casa sin saber dónde ir. Al fin se me ocurrió la idea de dar un paseo por el Cementerio de Montmartre, en cuyo sitio tengo muchos amigos que ya no existen, á los que en vida tuve consagrado todo el efecto de que mi alma es capaz.

Entré en el Cementerio, al pasar por un sendero, entreteniéndome en leer los epitafios inscriptos en las tumbas, noté la presencia de una mujer muy hermosa, según las apariencias, vestida de riguroso luto y arrodillada ante una sepultura.

Me puse á contemplarla y vi que lloraba copiosamente; como si no le fuera posible soportar el grande ó inmenso dolor que en aquellos momentos experimentaba.

A los pocos instantes la vi sollozar y la vi caer luego sin sentido sobre el duro mármol del pavimento inmediato á la tumba.

Corrí hacia ella con objeto de prestarle auxilio, y mi generosa intervención no tardó en producir el efecto apetecido.

Como era natural, leí la inscripción escrita en la sepultura ante la cual oraba la desconocida, y que estaba concebida en estos términos: «Aquí yace Luis Teodoro Carrol, capitán de Infantería de Marina, muerto gloriosamente en Tonkin. Rezad por él!»

La enlutada me dijo con lágrimas en los ojos, que aquella era la tumba de su marido, el cual había fallecido á los dos años de matrimonio, dejándola sola en el mundo.

La infeliz era huérfana de padre y madre y vivía con la modesta pensión que la pasaba el Gobierno.

Procuré reanimarla, la levanté del suelo y le dije:

—No debe usted permanecer aquí más tiempo.

—Me siento tan debil—me contestó,—que casi no puedo andar.

—Apóyese usted en mi brazo.

Gracias, caballero; la necesidad en que me encuentro me obliga á aceptar su galante oferta.

Salimos del Cementerio, y al verla tan abatida, tomé un carruaje y le pedí las señas de su domicilio, para comunicárselas al cochero.

Quando llegamos á su casa me dijo la desconocida:

—No me atrevo á subir sola la escalera, porque vivo en el piso cuarto y casi no puedo tenerme en pie.

—La acompañaré á usted, señora.

—Vamos, pues.

Subimos muy despacio, y al llegar á la puerta de la habitación, repuso la enlutada:

—Entre usted, si gusta, á descansar un momento.

Acepté gustoso la invitación, y pesé adelante.

—¿Come usted sola en casa?—pregunté á la pobre viuda.

—No, señor; en un restaurant cercano.

—¿Quiere usted comer conmigo esta tarde?

—No tenemos todavía la suficiente confianza para ello.

—¿Y eso que importa? No sea usted niña.

Insistí de tal modo, que al fin cedió la desdichada y me ofreció estar á las siete en punto en el sitio que la indique.

La comida fué muy cordial y la conversación que entablamos muy animada y tierna.

La viuda y yo fuimos los mejores amigos del mundo.

Durante tres meses la estuve viendo con frecuencia, hasta que al fin tuvo que abandonar su trato á causa de un largo viaje que me vi obligado á emprender.

A mi regreso me había olvidado ya de mi desconocida del Cementerio, y ni siquiera se me ocurrió el ir á visitarla.

Pero al cabo de un mes, hallándome un día en el camposanto de Montmartre, se me antojó ir á ver la tumba del pobre capitán muerto en el Tonkin y la encontré abandonada, desprovista de flores y coronas y sin que nadie llorara ante ella.

Sin comprender la causa de semejante soledad, me dirigí á otro barrio de aquella gran ciudad, y de pronto vi venir hacia mí un hombre y una mujer asidos del brazo y vestidos de riguroso luto.

¡Oh sorpresa! ¡Oh estupor! Al acercarse la pareja conocí á la viuda del capitán! ¡Era ella!

La desgraciada me vió, se puso encarnada como la grana, y al pasar á mi lado me hizo una seña que significaba:

«¡No me reconozca usted, por Dios! ¡No me comprometa usted!»

El hombre era un caballero distinguido, elegante, oficial de la Legión de Honor y de unos cincuenta años de edad.

El buen señor llevaba del brazo á la enlutada, haciendo al parecer, la misma obra benéfica que yo había realizado algunos meses antes.

Me quedé estupefacto, como si viera visiones y sin comprender la causa de lo que acababa de ver, trataba de averiguar á que clase de seres podría pertenecer aquella criatura sepulcral, que tan descaradamente profanaba con la mentira el sagrado recinto de la muerte, que tanto pavor inspira aun á los hombres más valerosos y despreocupados.

¡No sé lo que hubiera dado por saber de quien era aquel día viuda mi desconocida!

Guy de MAUPASSANT

LEY BENEFICA

El Senado de Francia ha aprobado una ley de innegable importancia, estableciendo á los enfermos.

El texto al art. 1.º, dice:

«Todo francés privado de recursos, incapaces para subvenir con su trabajo á las necesidades de la existencia, que cuente la edad de sesenta años ó padezca una enfermedad incurable, recibirá los socorros establecidos por la presente ley.»

Este artículo ha sido adoptado por 270 votos contra uno.

¿Quién sería ese uno? Seguramente alguien que e tará bien libre de necesitar los beneficios de la humanitaria ley.

Hágan una disposición loable, que, debemos copiar. Ella hace más por la paz y tranquilidad sociales que todas las medidas retributivas que establecen los gobiernos.

ARRIENDO

DE LA CERVECERÍA CAFÉ CUATRO ESQUINAS

Teniendo su dueño que atender á asuntos particulares, arrienda dicho establecimiento á persona que sea competente en este negocio y lo atienda á satisfacción.

Para antecedente se dirijan al mismo establecimiento, ó calle de Victorio, núm. 34.